

LEOPARDI Y LA CULTURA ESPAÑOLA: UNA APROXIMACIÓN

ANTONIO COLINAS

No poseerá el tratamiento que le voy a dar a este tema la extensión y la importancia que merece. Aun así, hemos decidido abordarlo. Disponemos ya de algunos estudios generales sobre el tema que, en unos casos —en los primeros cronológicamente publicados— se han visto superados, e incluso rebatidos por los posteriores. Así, por ejemplo, el de Ramiro Ortiz por Francesco Torraca, y el de éste por Alessandro Martinengo¹.

Ya desde las primeras páginas de su estudio, Torraca incurre en inexactitudes, como las de decir que Giacomo Leopardi (Recanati, 1798-Nápoles, 1836) había aprendido la lengua española «por su cuenta», sin reparar en que ya había tenido, desde sus primeros años, un profesor y preceptor mexicano, el P. José Torres (o de Torres). También nos dice que, antes de noviembre de 1822 —cuando parte por vez primera de Recanati— sólo había leído un libro en español: la *Historia de la conquista de México*, de Solís, lectura sugerida sin duda por Torres, pero afirmación, a todas luces, inexacta.

Afirma también Torraca que Leopardi lee el *Quijote* a su regreso de Roma, cuando sabemos que uno de los libros que se lleva en su primer viaje a Roma es precisamente una edición en castellano de la obra de Miguel de Cervantes. También es relativa su afirmación de que la biblioteca paterna no contenía «casi nada en español». Veremos enseguida que no era así.

Subraya Torraca la lectura de determinados autores religiosos, como Juan Andrés Morell, Roca, Miranda o Mariana. Sobre el primero de ellos desearía añadir aquí algo. Juan Andrés Morell, natural de Planes (Alicante) residió, tras la expulsión, primero en Ferrara y Bolonia, para acabar asentándose en Mantua, en 1774, en el palacio de los marqueses Bianchi. Fue un hombre de profundos y enciclopédicos saberes, que sin olvidar sus orígenes

españoles (y, en particular sus contactos con los jesuitas valencianos) «se incorporó plenamente al mundo cultural español»².

Noticias de este autor llegaron, sin duda, al Palacio de los Leopardi, bien directamente a través del P. Torres —el jesuita mexicano, preceptor del conde Monaldo Leopardi y primer también preceptor de su hijo Giacomo—, o de cualquier otro de los jesuitas españoles expulsos, llegados a la ciudad o a sus alrededores. Hay un dato en los conocimientos del P. Andrés y es el de su extraordinaria afición por la astronomía. De hecho, nos da cuenta de ello en algunas de sus cartas, en las que muestra una especial afán, durante sus viajes, en visitar los observatorios astronómicos italianos, algunos de ellos instalados por los mismos jesuitas, como los de las ciudades de Milán y Ferrara.

Leopardi citará con frecuencia a Juan Andrés y su obra *Origine, progressi e stato attuale di ogni letteratura*, se encontraba en la biblioteca paterna, en la edición veneciana (Vito, 1783-1808). Existía una edición anterior, publicada en Parma en siete volúmenes (Stamperia Reale, 1782-1799). Sin embargo, la obra significativa de Andrés Morell —por la cantidad de información que ofrece sobre la Italia de aquellos años— fue sus *Cartas Familiares*, cinco tomos de epístolas recibidas y publicadas por su hermano Carlos³. Andrés muestra en esta obra un gran entusiasmo por la mayoría de las grandes ciudades italianas, pero disfruta especialmente con la de Nápoles, así como con el Vesubio y sus alrededores.

No entraremos a valorar la posible influencia de determinados autores hispánicos sobre la obra de Leopardi, y, en concreto, sobre sus poemas. Me refiero a algunas de las odas de José Manuel Quintana (de las que Leopardi pudo tener noticia a través de un ejemplar de 1819 de la revista *Il Conciliatore*); o de la oda a las ruinas de Itálica,



de Caro, que pudo leer en 1829. Martinengo valora estas posibles influencias y subraya un detalle que también nos parece significativo: el P. Torres «pudo leer al niño Giacomo composiciones que por entonces eran famosas, bien por su estilo, bien por la inspiración liberal de su autor»⁴.

A la hora de las influencias sobre Leopardi de autores españoles hay una que es notabilísima por su importancia y profundidad. Nos referimos a la de Miguel de Cervantes. Como hemos dicho, Leopardi parte por vez primera para Roma llevando en su bolsillo uno de los tomos de una edición del *Quijote*. Y sabemos también que, sobre todo entre 1823 y 1824, hizo lecturas en profundidad no sólo del *Quijote*, sino también de las *Novelas ejemplares*.

Que yo sepa, Leopardi pudo consultar y leer —por encontrarse en la biblioteca paterna—, al menos cinco ediciones de Cervantes: la que fue publicada en Madrid, en 1765, en cuatro volúmenes, con prólogo de Mayáns y

Siscar (*Vida de M. De Cervantes Saavedra natural de Madrid*), la de Milán (1615), la de Venezia (1622) y la de Amberes (1697), también en cuatro volúmenes. Esta obra aparece citada por Leopardi en su relación de lecturas de los años 1822 y 1824. Y, en fin, una edición de Madrid (1780).

En lo que se refiere a las *Novelas ejemplares*, el poeta alude a una edición italiana (Milán, 1615) y cita esta obra como leída en 1824, pero, como señala Martinengo, hay que tener presente que ya en el año anterior, en 1823, Leopardi citaba una edición original española de las *Novelas ejemplares*, lo que nos hace pensar que también había leído y trabajado sobre esta segunda edición.

En los comentarios que tenemos de Leopardi a estas obras, el poeta insiste, sobre todo, en aspectos gramaticales y lingüísticos, pero lo importante es que todos denotan un perfecto conocimiento de nuestra lengua. No es raro, por tanto, que un libro como el *Quijote*, gracias a los buenos

oficios del P. Torres, estuviera ya presente en el primer aprendizaje de Leopardi, y de ahí esa predilección especial que por él muestra, al seleccionarlo entre los tres o cuatro libros que se lleva en su primer viaje a Roma.

Otra presencia significativa de nuestras Letras, entre las lecturas leopardianas, es la de Pedro Calderón de la Barca. Tanto Ortiz como Torracca sopesaron la posibilidad de la influencia de una obra concreta: *La vida es sueño*. Es imposible que Leopardi leyera esta obra en su versión italiana de 1840, por ser publicada cuatro años después de la muerte del poeta (*Vita è sogno*, traducción de Pietro Monti, 1840).

Sin embargo, Torracca aventura la posibilidad de que Leopardi sí pudo leer la edición española de esta obra «antes del 30 de abril de 1817», es decir, antes de sus 19 años de edad⁵. De ser así, bien pudo tratarse de la edición que Macchiaroli recoge en su volumen documental leopardiano: *La vida es sueño*, en *Segunda parte de las comedias* (Madrid, Sánchez, 1641).

Sí tenemos noticia más precisa de otras lecturas calderonianas que hace el poeta. Aparece ésta en su relación de lecturas, aunque es libro que no se encuentra entre los fondos de su biblioteca. Me refiero a dos obras editadas en Sevilla: *Las armas de la hermosura* y *Afectos de amor y odio*. También sin fecha, pero igualmente editada en Sevilla, figura entre las lecturas de Leopardi una obra de Moreto: *El desdén con el desdén*.

Dentro de estos nuevos estudios que estoy dedicando a Leopardi, espero también hacerme eco más extensamente de otra influencia decisiva: la del prestigioso leonés P. Isla. Con la lectura de la más conocida de las obras de este autor, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, sucede algo muy extraño. En su relación de lecturas, Leopardi atribuye la autoría de este libro a F. Lobón de Salazar y no al P. Isla.

No se comprende muy bien cómo el poeta comete este desliz, siendo Isla persona prestigiosísima entre los jesuitas, conocida sin duda por su preceptor el P. Torres y habiendo trabajado el poeta directamente sobre ella. Una vez más, Leopardi no repara en la trama o desarrollo de esta obra española sino que se fija en aspectos gramaticales y lingüísticos. Al hablar del libro sobre Fray Gerundio en su *Zibaldone* destaca, sobre todo, los barbarismos, el lenguaje plebeyo que utilizan algunos de sus protagonistas.

Recogeremos aquí, por su significación, otras obras que Leopardi consultó o leyó, como *Idea de un príncipe político christiano representada en cien empresas* (1659), de Saavedra Fajardo; *El político D. Fernando el Católico*, de Baltasar Gracián (1646); *Origen, épocas y progresos del teatro español*; y *Compendio de la historia general de los teatros* (1802) de García de Villanueva, obra ésta que llega a Recanati con posterioridad a la expulsión de los jesuitas; o la *Historia de la vida de San Vicente Ferrer*, del P. Andrés Ferrer (en cuya ficha bibliográfica, Paolina, la hermana del poeta, escribió, de su puño y letra, que había sido redactada por el poeta)⁶.

Por las citas del *Zibaldone* sabemos también que el poeta tuvo noticia de otros autores españoles, o de personajes de los libros de éstos. Así, encontramos entre ellas las presencias de Isidoro de Sevilla, El Cid, Cristóbal Colón, Fernando el Católico, Felipe II, Francisco de Rioja, Lope de Vega, Ercilla, el Inca Garcilaso o Juan de Mariana.

No repetiremos aquí —porque también los vamos a recoger en el estudio que preparamos sobre un cuadernillo escolar leopardiano sobre Hernán Cortés—, otros autores y obras relacionados con los temas de México y de la América hispana. Tampoco recogeremos, para no cansar al lector, la relación de las varias gramáticas y vocabularios —unos en edición castellana, otros en italiana—, que Giacomo Leopardi consultó a lo largo de su vida y que se hallaban en su biblioteca antes o después de la llegada de su preceptor, el P. Torres.

La anterior relación de autores y de obras prueba, sin más, la familiaridad que Giacomo Leopardi tuvo con la cultura española y, en especial, con su lengua. En muchos de sus comentarios, sobre todo en torno a nuestra Historia, no deja de transmitirnos opiniones críticas y amargas, provenientes, sin duda, de los juicios que su preceptor, el P. Torres, le había inculcado sobre los invasores españoles y sobre la herida en carne viva que suponía la reciente expulsión de los jesuitas de España y América por parte del gobierno español. En otro sentido, hay que tener también presente que a Leopardi le llega esta visión de una España dominadora a través de visiones fundamentalmente eclesiales, conservadoras, por lo que sus ideas al respecto no podían ser más amplias o generosas.

Hay que dejar fuera de toda duda el amor que Leopardi tuvo a la lengua española, motivo primordial de sus estudios de filólogo; amor fundamentado en citas innumerables del tipo de: «La lengua española, que por la forma externa de sus palabras ha sido heredera, más que cualquiera de su hermana, la latina [...] debe ser considerada como especial y principal conservadora de la antigüedad, de la latinidad, del latín vulgar».

O también: «La lengua española es hermana carnal de la italiana». O: «La lengua española, nobilísima y en todo de genio clásico», etc. A Leopardi tampoco le pasan inadvertidos hechos significativos de nuestra cultura como que «España, después del siglo xvii», había caído en la «nulidad política y militar», situación a la que —reconoce— tampoco había escapado su propio país, Italia⁷.

En fin, no se puede comprender este interés de Giacomo Leopardi por los autores españoles y por nuestra cultura sin un interés recíproco; es decir, el que, ya desde el siglo pasado, han sentido los escritores españoles por la propia figura del romántico italiano. En este tema nos detuvimos ya al escribir nuestra biografía⁸ del autor de los *Cantos* y, desde entonces, se han publicado algunos estudios muy puntuales al respecto.

Citaré, por su proximidad, sólo uno de ellos: *Leopardi en los poetas españoles*, de Pedro Luis Ladrón de Guevara⁸

y sus cuatro sugestivos apartados: «Leopardi y los poetas españoles», «Selección de textos», «Traducciones de Leopardi» y «Poemas con presencia leopardiana». De don Juan Valera —primer español que se ocupó de la figura del poeta italiano en 1855— a los poetas de nuestros días, el interés de España por Leopardi y su obra ha sido cada vez más intenso. Queda, pues, reflejada en estas notas ese mutuo interés hacia ambas culturas que a italianos y a españoles nos enriquecen, en unos tiempos por cierto en los que la Europa del humanismo tiende a ver debilitadas sus profundas raíces.

NOTAS

¹ Ramiro ORTIZ, «Leopardi e la Spagna. Appunti», en *Memorie della Accademia Romana*, Bucaresti, 1923-1924. Francesco TORRACA, en *Scritti Vari*, S. E. Dante Alighieri, Milano, 1928. Alessandro MARTINENGO, La Spagna e lo spagnolo di Leopardi, en *Lettere Italiane*, Anno XXIV, n.º 2, 1972.

Al margen de los estudios de estos tres autores, el lector interesado en estos temas puede consultar también los trabajos, de conjunto o parciales, que en nuestro país se han publicado por Juan Valera, Alcalá Galiano, Menéndez y Pelayo, Antonio Prieto, J. M.ª Valverde, Rafael Argullol, Antonio Colinas, Fernández Murga, Joaquín Arce, Rosario Scrimieri, Ángel Chiclana, Rossend Arqués y María de las Nieves Muñiz. (Véase, al respecto, la

Bibliografía muy completa que esta última recoge en su edición de los *Cantos leopardianos* [Madrid, Cátedra, 1998]).

² Armando ALBEROLA, «Un viajero español de excepción en la Italia del siglo XVIII», en *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*, *Op. cit.*

³ J. Andrés MORELL, *Cartas familiares del abate D. Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1786-1793.

⁴ Alessandro MARTINENGO, en *Op. cit.*, p. 147.

⁵ F. TORRACA, *Op. cit.*, p. 316.

⁶ El original de esta ficha —de la que poseemos copia— se conserva en la biblioteca de Miguel Romero Martínez y fue reproducida en *Poesías de LEOPARDI*, ed. de Romero Martínez, Madrid, Iberoamericana de Publicaciones, s. f., p. 27.

⁷ Sobre un más profundo análisis de los temas lingüísticos y gramaticales en el español de Leopardi, véase A. MARTINENGO, *Op. cit.*, pp. 161-165.

⁸ Antonio COLINAS. *Hacia el infinito naufragio. Una biografía de Giacomo Leopardi*, Tusquets Editores, Barcelona, 1988, 295 pp.; así como el estudio introductorio a mi edición de los *Cantos y Pensamientos* de G. L., Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2006, 406 pp. (2.ª ed. Barcelona, Debolsillo, 2008, 397 pp.).

⁹ Madrid, Fenice textos. Huerga y Fierro, 2005, 214 pp.

